

Augusto Isla

Utrilla o La doble pulcritud

En el año 2007, organismos culturales de Chiapas rindieron un homenaje a Gonzalo Utrilla. Lo supe por una amiga común, pues Gonzalo, a pesar de nuestra amistad, nunca me habló de ello. Tal silencio define a Utrilla. Pintar, para él, era simplemente destino. Lo entrevistó desde niño y ello consagró su vida. Discreto en torno a su oficio, fue generoso respecto a los demás: jamás escuché salir de sus labios una insidia o buscar un lugar que no le pertenecía. Su pintura hablaba por él. Pintaba flores, paisajes, sueños... y sobre todo cuerpos, cuerpos desnudos. Enraiza su culto al cuerpo en una cosmovisión ética y estética: un sentido de libertad lúdica y desafiante; pero sobre todo una convicción de que nada hay más perfecto que esa envoltura sagrada del alma.

Sus cuerpos son firmes como la carne gozosa del *eros* que nos redime, de ese *eros* que, una vez disuelto el instante de su luz eterna, se perpetúa, ya en su evocación plástica, ya en la memoria poética de un Cavafis. Cuerpos que aman y danzan en la orgía inaccesible de la vida. Firmes, ya lo dije, y al propio tiempo evanescentes, como columnas de humo desprendidas de una taza de café o de un cigarrillo que enardece la garganta. Porque nadie como Gonzalo tenía conciencia de la voluptuosidad fugaz del vivir; conciencia transferida al papel o al lienzo, con ternura, con una nostalgia adherida con desesperación a la tibieza y al esplendor de ese prodigio —el cuerpo— encadenado al deseo.

Utrilla vivió como le dio la gana, tan libre como sus figuraciones plenas de concisión, sin vacilaciones, a vuelo tinta. Él era su arte; su arte, él. Inconfundible, ajeno a las modas: eco de lo perdurable. Como el deseo. Lo conocí una noche en que llegó a casa en compañía de un amigo mío. Entraron sin ser invitados. Me incomodó su presencia. Pero se ganó pronto mi simpatía.

Con un bolígrafo barato y una servilleta empapada de vino tinto me hizo un retrato. No le encontré parecido, más bien era una idealización. A diferencia de su padre, hombre comprometido con la política, los ideales de Gonzalo eran estéticos, lo cual no es poca cosa: un ideal estético, transportado a la vida, se vuelve político. La belleza y el bien están emparentados, si hemos de creerle a Platón.

Lo dejé de ver por años. Nos encontramos en el año 2001, año de la odisea de Kubrick, año que creí nunca llegaría, año de sangre y muerte en las torres gemelas. Desde entonces nos tratamos más de cerca. Creo que él no comprendía mi oficio de escribir, como tal vez yo no comprendía el suyo. Doble misterio. Pero nos dábamos mutuamente aliento y luz. Pienso que eso es la amistad. Me temo que a menudo yo lo fastidiaba. Gonzalo, no fumes tanto; Gonzalo, te urge una prótesis dental. Ahora le agradezco su paciencia y generosidad: en cada encuentro que obsequiaba un pequeño dibujo, un pedazo de sueño.

¿En qué estaría soñando mientras su mano seguía las líneas de una criatura levemente angelical que se buscaba a sí misma en el espejo de un papel amarillento y rugoso, arrastrado por el viento de tiempos inmemoriales en los que hombre y mujer, hombre y hombre, mujer y mujer se encuentran y fundan en la desnudez de los orígenes? ¿Oraba mientras pintaba, pintaba mientras oraba? El mundo era, para él, un templo; pintar, una oración: lo infinito dentro de lo finito, exacto en su forma y color. Como una pera madura nacida de mujer.

Por ahí he leído que toda creación es provocación. Yo añadiría que también alegría, alegría que se vive y se contagia. Las formas plenas de gracia y majestad, la armonía sorprendente de los colores, en la obra de Gonzalo, me alegran todos los días, todas las mañanas. Y como a mí, a todos aquellos que poseen o pueden apreciar esas huellas de su torrente.

Nació en Tuxtla Gutiérrez en 1945; estudió en Jalapa. Toluca lo atrapó hace poco más de treinta años. Aún lo veo con su carpetita de dibujos ofreciéndolos aquí y allá para sobrevivir. Dibujar, pintar era lo único que sabía hacer. Detesto a esos charlatanes que sin matices hablan de la mercantilización del arte. Muerta su madre, que fue su gran estímulo, Gonzalo vivió en compañía de su hermana... y de la pobreza. Nunca pidió nada. En cambio, todo nos lo dio. Gonzalo no se ha ido. Quizás porque jamás estuvo aquí. Porque todo fue un sueño, un milagro nocturno compartido con sus amigos, con los amigos de la pureza, de la pulcritud del alma y sus emanaciones: lirismo verdadero; gracia indiferente a las llamaradas de grandilocuencia en espera de la lisonja burocrática; fruto cósmico, privilegio de la inocencia. En su jardín no existió el aliño cotidiano, pero tampoco la envidia, la inhumana ponzoña de los inseguros. Hizo lo que tenía que hacer. Y nada más. Gonzalo y su obra: una doble pulcritud, extraña en la hora de los falsarios. L.C.